

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

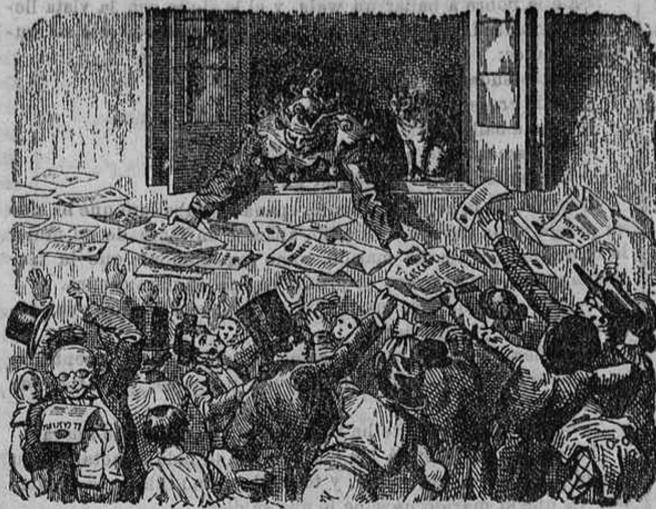
Tres meses. . . . . 9 rs.
Seis id. . . . . 18
Un año . . . . . 30

PROVINCIAS.

Tres meses. . . . . 10 rs.
Seis id. . . . . 18
Un año . . . . . 34

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. . . . . 33 rs.
Seis id. . . . . 38
Un año . . . . . 74

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana. Propaganda Literaria calle de la Habana, núm. 109.

AMERICA.

Seis meses. . . . . 38 rs.
Un año . . . . . 70

FILIPINAS.

Seis meses. . . . . 50 rs.
Un año . . . . . 100

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

CONFERENCIAS DEL PADRE QUIETO.

III.

SOBRE LA INDOLENCIA.

Si la ignorancia produce males sin cuento, no le va en zaga la indolencia, amados leyentes míos. Un pueblo ignorante é indolente, no necesita mas en verdad para hacer tristísimo papel en el concierto ó des concierto universal.

La indolencia es una aptitud especial para hacer las cosas tarde, mal y nunca, sobre todo aquellas que mas nos convienen y mas utilidad nos pueden reportar. Es un egoismo particular el que da la indolencia, porque con tal de no moverse, de no molestarse lo mas mínimo, se pierde lo que mas falta hace.

Los pueblos, en general, son indolentes porque son ignorantes; pero entre los individuos que tienen ese feo vicio, los hay que no siendo ignorantes, hacen por ellos mismos y por los demás tan poco, que no podria hacer menos el mas tonto de caprote.

En estos es mucho mas vituperable la indolencia, puesto que teniendo medios de hacer á los demás partícipes de su ciencia y saber, no lo hacen, sabiendo que perjudican á los que podrian ilustrarse y aprender en su ejemplo.

El indolente llega siempre tarde.

Si el indolente es un pueblo entero, tiene el gusto de recibir y aceptar los adelantos de las artes y las ciencias lo mas tarde posible, y no porque él se haya molestado en ir á buscarlos, no señor; si los llega á tener, débesele á los que se los llevan, con lo cual le cuestan muchísimo mas y disfruta mucho menos de los beneficios que aquellos adelantados producen, y es claro, él no ha hecho nada por obtenerlos, y los que se los proporcionan no se los han traído por su linda cara.

El pueblo indolente, cuando las demás naciones tienen para su regalo el ferro-carril, anda á pié ó en galera, si anda; cuando aquellos se comunican por medio del telégrafo, él no tiene mas medios de comunicarse para uso de sus habitantes, que el que cada uno de éstos se puede proporcionar, y el establecimiento de cada uno de los adelantos, agenos por supuesto, que el pueblo indolente se digna admitir, se hace lenta y perezosamente, por lo que en un pueblo de tal naturaleza todo se vuelve inconvenientes, todo obstáculos, y parece como que hay gusto particular en entorpecer las cosas, aun las que mas utilidad pueden ofrecer.

¿Qué adelantos hace en la agricultura un pueblo indolente?

¡Si, sí! ¡Buenos adelantos! Gracias que haga lo forzosamente indispensable para que la tierra dé el fruto que le hace suma falta; pero eso de procurar por todos los medios la mejora y el aumento de ese fruto, y ayudar á la fertilidad de la tierra por los que adoptan los pueblos activos y trabajadores, eso no señor... Y si un año no llueve á tiempo, la pobre gente se muere de hambre, y atribuye esta desventura, ofendiendo á Dios, á su mala fortuna, y no la atribuye á su indolencia, que es la causa de que no tenga mas recurso para hacer el año que la lluvia.

El pueblo indolente lo ha de ser en todo, y lo es en política por consiguiente. Ahora se vá á cansar él en estudiar la cosa pública y en pensar qué es lo que mas le convendría, y en comparar la situacion política de su país con la de otros mas adelantados. Facilito será que él se ocupe en cuestiones de Hacienda, teniendo tan poquisima afición á las matemáticas. Para eso tiene sus ministros, que lo mismo le dá que sean unos ú otros; ellos se lo dan todo hecho, y él no tiene nada que hacer mas que pagar las contribuciones, cosa que á la verdad hace de muy mala gana.

Un pueblo indolente, lo mismo que un individuo, no tiene tiempo para nada; por esto no se da gran prisa á comprar libros, porque además de que tiene una pereza atroz para sacar el dinero que cuestan, Dios sabe cuándo tendrá tiempo de leerlos, y luego, cuando se les un libro da gana de leer otro, y otro después, y de esta manera será cosa de estar leyendo siempre; y esto si que no puede ser; esto seria, ó abandonar los precisos quehaceres, ó emplear en ese entretenimiento las horas de ocio, que son horas destinadas á no hacer nada.

Pero dejando en su regalada paz á los pueblos indolentes que,

un año mal y otro peor, se contentan con lo que tienen y con lo que no tienen, vamos á ver á alguno de esos tipos que se encuentran en todas partes, y que son numerosísimos en los pueblos acometidos de esa indolencia crónica, que es una de las peores enfermedades del mundo, aunque nunca hace mención de ella en su estado sanitario El Siglo médico, siendo, como es, la enfermedad reinante hace muchísimos años.

Si el indolente es pobre, y no tiene mas recurso que el trabajo, recurso tan fácil y tan honroso como no hay otro alguno, ya está fresco. Huyendo del trabajo, pasará mil trabajos, porque ya no ha vuelto á repetirse aquella funcion del maná que bajó del cielo para alimentar á los hombres, y ahora el maná tiene que buscárselo cada quisque de un modo ó de otro, hasta que se invente la manera de poder vivir sin comer.

El pobre perezoso, oye y sigue los consejos de todo el que no le aconseje el trabajo. El que le dé este sano consejo, pierde el tiempo y se gana un enemigo, aunque enemigo poco temible, porque el perezoso para el bien suele serlo para el mal, aunque no tanto, y no precisamente por pereza sino por cobardía.

—Pero, ¿á que no es perezoso para ir á la taberna? ¿A que está siempre dispuesto á jugar al cané ó al mus, y á desplumar á Poncio Pilato, si fuera posible que este personaje volviera al mundo con sus manos lavadas?... ¿A que no se o pone, acostubrado ya á las malas compañías, á representar algun papelito, aunque sea de poco lucimiento, en alguna escena de robo? Eso sí, le causará un gran sentimiento verse por primera vez conducido á la cárcel, y encerrado allí con malhechores temibles; pero poco á poco se irá acostumbrando á aquellos hombres, que empezaron ni mas ni menos que como él, por tener poca ó ninguna afición al trabajo, y no le parecerá tan dura la prision, donde al fin y al cabo, sobre no hacer nada, aprenderá cosas que ignoraba, y conocerá á las personas de mas crédito y mayor autoridad entre las que se dedican á la profesion que cuenta en su historia nombres como José Maria, Candelas, Jaime el Barbado, los Niños de Ecija, y otros no menos famosos, cuyos hechos andan en novelas, comedias y romances, para honesto entretenimiento del público aficionado á esta lectura, que se podria llamar de herca y cuchillo.

Y la prueba de que la cárcel no le parece tan terrible como le parece á toda persona honrada y trabajadora, está en que el perezoso que la visita una vez, no se contenta con esta solo, sino que vuelve otra y otra, y no para hasta que visita tambien los establecimientos penitenciarios de las provincias y aun los de Africa, en alguno de los cuales concluye tranquilamente sus dias, como no los termine en otro puesto, á presencia de numeroso público, ó de alguna puñalada que le arrime alguno de sus dignos amigos y compañeros.

Hay pobres perezosos que, despues de una arrastrada vida, se dedican á pedir limosna, y se producen llagas y todo género de repugnantes deformidades, para excitar la compasion del público siempre caritativo, y se hacen viudos con ocho hijos, sin haber sido casados nunca, ó albañiles inutilizados, sin haber cogido jamás el yeso en las manos, y pasan todo el dia alargando la mano para tomar lo que les dan, ó lo que no les dan, que ellos no le quieren quitar nada á nadie, pero como la ocasion hace el ladrón, ellos no pueden resistir al halago de la ocasion.

¡Y prefieren este horrible trabajo de pedir limosna, al fácil trabajo que da el pan sin humillacion y sin baja. Y todo el dia se lo pasan subiendo y bajando escaleras, oyendo malas razones en algunas partes, y mintiendo como bellacos para reunir un puñado de ochavos sin trabajar.

Si el perezoso tiene mujer é hijos, pronto adquieren las costumbres y siguen el ejemplo del jefe de la familia, y constituyen una familia muy lucida, que á veces está alojada toda por cuenta del Estado, la madre en el hospital, postrada á consecuencia de una paliza que le arrimó su amante esposo, éste en la cárcel, y los chicos en el Hospicio, excepto el pequeñuelo, que no teniendo mas que diez ó doce dias de edad, ha sido llevado á la Inclusa, y entregado á una nodriza que le cria en compañía de otros dos mamones pertenecientes al mismo establecimiento.

De las mujeres pobres y perezosas, que tienen regular pulmito, para lo cual no es impedimento ser pobres y holgazanas,

no tenemos para qué hablar. Tienen una carrera harto conocida.

El perezoso, que ha nacido en la clase media, no pasa de ser un pobre en toda su vida. Si su madre espera que él la mantenga, ya se puede merir cuando guste. Si su mujer cree que á fuerza de amor y abnegacion va á hacerle ser activo y aplicado al trabajo, al cabo de tiempo se convencerá de que es perdida todo el que emplee en tan buena obra, y acaso tendrá que ver la manera de mantener á su querido esposo, si quiere mantenerse ella misma.

¡Y famosa educacion dará á sus hijos el padre que no tiene gana maldita de trabajar.

En la casa del indolente no hay orden, ni concierto, ni economía, ni arreglo, ni limpieza; no se preven las eventualidades de la vida; todo coge desprevenido al indolente, el pago de las precisas obligaciones, las enfermedades que vienen, cuando quieren, y de todo lo malo se echa la culpa á la negra suerte y al cruel destino, y en lugar de reconocer que la indolencia es la única culpable del daño, se dice:—¿Quién creyera?... ¿quién pensara?... cuando ya las cosas no tienen remedio.

Hay indolentes que trabajan,—no tienen otro remedio,—pero traban menos de lo que pueden, se contentan con tener seguro el puchero, y á su muerte quedan sus familias con el presente y el porvenir. Pero en cambio, pasan una vida regalona, trabajando pocas horas y tendidos á la bartola las muchas que les quedan libres, y en esta bonita posicion les sorprende la muerte el mejor dia.

Los que tienen gran fortuna y no se ocupan en nada útil, podrán no hacer daño á nadie, pero tampoco hacen beneficio alguno, de manera que solo están en el mundo para descansar.

La pereza es un hábito que se adquiere desde la infancia; de modo que los padres y maestros tienen la precisa y sagrada obligacion de impedir el desarrollo de la pereza, si no quieren formar una generacion de haraganes, que no sirvan ni á Dios ni al diablo, y que lleguen á constituir un pueblo apático é indolente, en el cual reine la mas repugnante indiferencia.

Y aqui acaba este sermón, pidiendo el autor pordon, si los parece á Vds. machacon.

LOS MARIDOS

POR

CARLOS PAUL DE KOCK.

V.

EL MARIDO CÓCORA.

A primera vista se le conoce; en paseo, va llevando de la mano al niño, si lo tiene; acomoda su paso al menudito de su mujer, y se contonea casi lo mismo que ella; si llevara falda, parecería una mujer por detrás, que por delante, las patillas le descubrirían, aunque tambien se ven mujeres con mas patillas que un sargento de realistas; lleva debajo del brazo la sombrilla de la señora, y si esta compra algo, por abultado que sea, el complaciente marido está siempre dispuesto á hacer el oficio de mozo de corder; y no pasan dos minutos sin que mire con amorosa inquietud á su cara mitad, que suele ser mas fea que un machuelo.

—Si estás cansada, entraremos en el café á descansar... ¿Quieres que tomemos un coche?... No vayas por ahí, que el empedrado está muy desigual, y te puedes torcer un pié... Pasa á la otra acera, que te vas á poner morena con el sol... Cuidado, no metas el pié en ese charco.

Esto es lo que dice sin cesar á su mujer, con otras observaciones del mismo género, que por lo regular no obtienen otra muestra de agradecimiento que un movimiento de impaciencia ó un gesto de disgusto; pero él no se corrige por eso.

Cuando lleva á su esposa al teatro, él le quita el abrigo, y se lo pone luego, pide una banqueta para los piés de la señora, dice alguna inconveniencia á todo el que pasa por delante de su mujer, y al que pasa por detrás y le arruga algun caprichoso mozo.

—Esponiéndose á que alguno de mal génio le suelte un terno que ofenda los castos oídos de la casta mitad, ó le suelte otra cosa que le ofenda á él en el honor, ó sea en el carrillo, que es donde los hombres tienen colocado el honor, puesto que una bofetada es una ofensa hecha al honor. Podían, en verdad, los hombres haberse puesto el honor en sitio oculto; pero teniéndolo en la cara, quién se contiene si está irritado, y no levanta la mano sobre la del prójimo que le ha hecho alguna mala partida?...

Por supuesto, que la mujer sigue impacientándose á cada nueva prueba de interés que le da su amante esposo.

Se levanta el telón, y la señora sigue con atención la fábula del poema que se pone en escena, pero el marido la interrumpe, diciéndola:

—¿Te sientes bien? ¿No te hará daño el calor?... Mira que te está saliendo una horquilla... ¿Quieres que pida un almohadón para que estés mas alta?

—¡Hombre! se digna al fin contestar la señora; déjame oír la comedia... Ya me has impedido oír lo que ha dicho el padre cuando le han dicho que se ha muerto su mujer.

—¡Toma! Habrá dicho que lo siente mucho.

—No, hombre; vaya, que te enteras tú bien de la comedia.

—Pues habrá dicho que se alegra; no te incomodes por eso.

—¡Que barbaridad! ¿Con que ha de haber dicho que se alegra de que se haya muerto su mujer?

—Como dices que no ha dicho que lo siente...

—¡Toma! porque la que se ha muerto pasaba por su mujer, pero no era tal mujer.

—¡Ah! Era hombre.

—¿Qué tonto eres! No era mujer del padre.

—Del hijo...

—Tampoco.

—Entonces, sería mujer de su abuelo; lo mismo da.

Y la señora vuelve á oír la comedia, convencida de que su marido es el ser mas ignorante y vulgar de la creación.

Y el marido, pasado un momento, vuelve á decir á su mujer: —Si estás mala, lo dices, porque á mí me importas tú mas que la comedia. No vayas á contenerte por mí.

—¡Hombre, si no estoy mala! Parece que tienes gana de que me ponga mala.

—Hija, no; ¿cómo he de querer yo que te pongas mala? Pero si tuvieras alguna incomodidad, querría que me lo dijeras para sacarnos al momento á casa, ó á tomar una taza de té con unas gotitas de anís.

—Mira, lo que quiero es que no me interrumpas, y me dejes oír la comedia. Se me está escapando lo mejor.

—¡Como te veo tan pálida, tan blanca como la pared!

—Hombre, estoy blanca porque me da la gana, ¿sabes?...

Y así toda la noche; de modo que la señora pasa un mal rato y vuelve á su casa diciendo que su marido no la ha dejado enterarse de la comedia.

Cuando van convidados á comer el marido y la mujer, el marido tiene ocasión de prodigarla los mas exquisitos cuidados, fastidiándola horribilmente.

—Mira, hija mia, no te se vaya por mala parte el hueso de esa aceituna.

—¡Jesús! Ya empiezas con tus cosas.

—Cuidado con ese pescado, que tiene muchas espinas escondidas.

—Bueno, hombre, bueno.

—¡Eh! no bebas el vino puro, que ya sabes que no te prueba.

—¡Jesús qué hombre! No la deja á una respirar.

—¡Per Dios, mujer! no comas mas pepino, que eso no te conviene á tí, que eres tan flautenta.

—¡Jesús! esto es demasiado; pero hombre, come tú y déjame á mí hacer lo que quiera.

—No quiero que te me pongas mala como te sucede frecuentemente, siendo tan delicada como eres. Mira, hazme el favor de no comer anchoas.

La señora se impacienta, y acaba por no comer nada, porque su marido, con su exagerado cuidado, con sus pesadas observaciones, le quita el apetito.

Entretanto, él come de todo lo que se presenta, y bebe vino, todo el que le cabe, que no es poco.

Si van á un baile, entonces la cosa toma otro carácter; el marido inspecciona minuciosamente el traje de su mujer.

—Mira, este vestido está muy escotado y vas á cojer una pulmonía.

—Eso es, llevaré vestido cerrado para ahogarme.

—Llevas la cintura muy apretada; por fuerza te hace daño el corsé.

—Pero hombre, ¿quién sabrá mejor si me hace daño ó no?

—Bueno, mujer, bueno; vosotras, por llevar el cuerpo bonito, sois capaces de esponeros á una enfermedad... ¡Y que es cosa difícil enfermar á consecuencia de apretarse el corsé!... ¿Cuántas mujeres que mueren tísicas hubieran podido vivir largos años si no se hubiese inventado el corsé.

Y en esto tiene muchísima razón.

—Pero hombre, mira cómo puedo meter la mano entre la cintura y el cinturón... ya ves si voy ancha.

—Sí, porque para meter la mano entre el cinturón y la cintura contienen la respiración. Sea como quiera, me vas á hacer el favor de ponerte otro vestido, si no quieres que esté yo toda la noche en el aire.

La señora, para no oírle, consiente en ponerse otro vestido que no le gusta tanto, y ya esta contrariedad la mortifica toda la noche, porque toda la noche estará pensando en aquel vestido escotado que le sentaba tan bien, y que no ha llevado por culpa de su marido.

Una vez en el baile, en lugar de dejar á su mujer entregarse al placer del baile, y procurarse él la mayor distracción posible, el marido cócora no pierde de vista á la esposa; no crean Vds. que está celoso; al contrario, tiene la evidencia de que su mujer le adora, porque sabe no encontrarla otro que le prodigase tantos cuidados y atenciones. Esta presunción, por de contado, no tiene fundamento alguno.

—Pasábase por el salón donde su mujer está sentada, hablando con las amigas.

—Sale la pobre á bailar un wals, y él la sigue con la vista lleno de inquietud. Apenas acaba el wals, corre adonde está su mujer, y la dice:

—Estás sudando; te has agitado mucho.

—No lo creas, no sudo.

—¿Vas á bailar otra cosa?

—¡Ciertamente; ¡á qué viene aquí una!

—Lo siento; debías descansar un poco.

Después de la polka siguiente, apenas el caballero que ha sido su pareja la ha llevado á su sitio, aparece enfrente de su mujer la figura imponente del marido, como esas sombras que la fantasmagoría hace aparecer de pronto en una cámara oscura.

—¡Qué colorada, qué encendida está! dice á su mujer con lúgubre acento; ¿tienes fiebre?

La señora, que está volada, como ella dice, sonríe, y contesta:

—Hombre, después de agitarse una un poco, ¿qué tiene de particular?

—Sí, sí, pero nunca te ha visto tan encendida como ahora.

La señora pregunta á las que están á su lado si notan en su semblante algo de particular, y todas la tranquilizan, y convienen en que el marido no sabe lo que se dice.

Uno de los que han bailado con la cuitada esposa, á fuer de caballero galante, viene en el mismo momento hecho todo una etcétera, á ofrecerle un sorbete.

La señora da las gracias, y acepta el sorbete por no hacer un desaire á un caballero tan fino.

Y cuando va á acercar al sorbete la cucharilla, el marido se lo quita, diciendo:

—Eso si que no, eso si que no lo permito.

—Pero hombre, ¡si es un sorbete!

—Por eso mismo no quiero que lo pruebes siquiera... Si lo tomas, firmas tu sentencia de muerte... ¿Cuántas infelices han muerto por tomar un sorbete después de una polka!

—Pero hombre, todas las señoras han bailado, y todas están tomando helados.

—Mira, á mí no me importa lo que hagan las demás... Yo conozco bien tu temperamento... No, no lo tomas; sería una imprudencia imperdonable... Tendría yo un remordimiento de conciencia toda mi vida... ¿Quieres poncho?

—Me ofrezcas ponche porque sabes que no lo puedo sufrir, pero me muero por los sorbetes.

—Pues hija, lo que es por este, no te has de morir.

Y el marido se toma poquito á poco el sorbete destinado á su mujer, y lo saborea con visible satisfacción, diciendo á su esposa:

—Está muy bien hecho, y tiene un delicadísimo gusto de vainilla; mucho siento que no lo puedas tomar, pero tú tienes la culpa, porque si no hubieses bailado, no habría habido inconveniente.

En este momento, la orquesta da comienzo á uno de esos brillantes walses de Strauss.

La señora, en un momento de distracción del marido, acepta la invitación de un joven esbeto, y que tiene fama en la reunión de bailar el wals con la mayor perfección.

Lánzase, y en un instante dan la vuelta al salón, obteniendo el aplauso unánime de los que no bailan, cuando el marido, viendo á su mujer dar tan rápidas vueltas, se mete por en medio de las parejas, con peligro de que le tiren al suelo, y cogiendo por el brazo á su mujer, la obliga á detenerse, y le dice con la mayor amabilidad del mundo:

—Basta, basta de wals, hija mia; aquí estoy yo para impedirte hacer locuras.

—Pero hombre, si estoy acostumbrada á bailar mucho...

—Sí, sí, pero no por eso te hace menos daño... Yo he consultado sobre esto del baile á muchos médicos, y me han dicho que el wals es contrario á las mujeres nerviosas, y ya sabes tú que á nerviosa no te gana nadie.

—No daremos mas que dos ó tres vueltas, se atreve á decir el danzante que bailaba con la señora.

—Amigo mio, V. puede dar docientas, si quiere; pero mi mujer ya ha dado bastantes.

—Pero hombre, no seas pesado.

El marido es inexorable; coge á su mujer, la lleva á su puesto, y la echa sobre la espalda una mantaleta, un abrigo, un albornoz, todo lo que ha encontrado en el cuarto de los abrigos, adonde ha ido á buscar algo con que cubrir á su cara mitad.

La señora está furiosa, pero no dice nada. No se tiene costumbre de reñir delante de gente, y además, su marido tiene tal reputación de marido cariñoso, que todo el mundo la cree sobre todo encarecimiento dichosa.

Acercase la hora de la cena; la señora de la casa ha dicho que primero, solo á las señoras se les permitirá la entrada en el buffet, y que los hombres entrarán después solos, lo cual es como decir que los hombres no entrarán, porque si no han de hallar mas que lo que las señoras dejan, estas no dejarán mas que los platos.

La señora de nuestro cócora se alegra mucho de tan sabia determinación, porque así, durante la cena, no la abrumará el marido con sus cuidados.

Espera, pues, que la cena la indemnizará de las contrariedades de toda la noche, y además, una cena entre mujeres solas, no deja de tener su encanto.

Pero un cuarto de hora antes de la cena, el marido, con el abrigo de su mujer en un brazo y el suyo en el otro, se presenta y la dice:

—Ya es hora de irnos; abajo tenemos un coche que he mandado buscar.

—¿Cómo, ahora nos vamos?

—Sí, hija mia, y es muy tarde.

—Pero si ahora se va á abrir el buffet.

—¿Qué te importa? Tú no habías de tomar nada.

—¿Si que tomaria.

—Entonces, mejor es que nos vayamos, porque de fijo te sentaría mal; tú no tienes el estómago para cenar á estas horas; no podrias dormir en toda la noche, tendria que llamar al médico, y puede que tuvieras que hacer ca na tres ó cuatro días.

—Pero hombre, no es lo mismo cuando se pasa en claro toda la noche, como cuando se acuesta una á las once.

—Nada, nada, no quiero que comas á esta hora; te puede sentar bien, pero te puede sentar mal, y mas vale prevenir que tener que remediar.

Y el marido se lleva á la mujer, á quien da ganas de echarse á llorar, y que vuelve á su casa prometiendo no volver á ir con su marido á ninguna parte.

¿Piensan Vds. que una mujer será feliz con un marido por el estilo?

Felizmente, quedan ya muy pocos de estos.

## LAS FLORES.

Hé aquí que en alas de los céfros se va acercando á nosotros el risueño musgo; hé aquí que ya llega entre océanos de luz, entre torrentes de armonías, para estender su cetro sobre las flores, su cetro mágico, que hace brotar por todas partes sorprendentes maravillas. La naturaleza, como una feliz desposada, ya está cubierta con su manto verde, si abolo de la esperanza, y pronto ostentará los mil matices que completan su nupcial ropaje.

—¿Hay nada tan poético en la creación como las flores? ¿Hay nada que como ellas cantive al mismo tiempo el alma y los sentidos, revelándonos la omnipotencia del Artífice divino? ¿Qué esplendor, qué magnificencia desplegados para realizar á esos frágiles seres que deben vivir un día, una hora, ó tal vez un solo instante! ¿Cuántos tesoros de perfumes, de néctar, de bálsamos, milagrosos, enerrados en ese diminuto cáliz que deshoja el viento? ¡Ah! si Dios de tal modo embellece á las florecillas de los prados, ¿de qué bellísimos resplandores no vestirá las almas justas que vayan á reposar en su Sagrario?

Las flores parecen seres dotados de vida y sentimiento; védelas como asoman por todas partes su corola, védelas cómo se balancean sobre el musgo perfumado. Las unas cubren las copas de los árboles ó se entrelazan á su viejo tronco, las otras bordean los arroyos y ofrecen benéfica sombra á sus corrientes. Estas deseuelan sobre los ribazos, confundidas con la humilde yerba, aquellas entre las grietas de los derruidos murallones; hermosean al mismo tiempo los valles y los montes, brotan lo mismo en los profundos antros de donde apenas se divisa un pálido rayo de sol, que sobre los peñascales calcinados por su luz brillante; no hay sitio que desdeñen por pobre, no hay oscuro rincón que menosprecien por escondido. Imágenes perfectas de la igualdad absoluta, lo mismo perfuman la rústica cabaña que los palacios régios, con las mismas galas se visten para adornar los cabellos de una pastorella, que para adornar el tocado espléndido de una reina; florecen lo mismo sobre la fosa común del cementerio, que sobre los mausoleos de pórfido, y del mismo modo asoman su corola por entre las rejas de una cárcel, que por entre los hierros dorados de un balcón, que sirve de salaz á una altiva dama.

Se necesita oro para adquirir la mas tosca de las piedras preciosas, para alimentar el mas pequeño de los pájaros, para comprar las frutas de los árboles ó el sabroso trigo; para poseer las tiernas florecillas, consuelo del alma, regalo de los sentidos, no basta un puñado de terra, un rayo de sol, unas cuantas gotas de agua, las únicas tres cosas que hasta ahora no ha monopolizado, por completo la sordida codicia de los hombres.

No hay arte alguno que no las pida prestada su belleza: la escultura las imita en sus ornamentaciones ligeras y delicadas, la arquitectura adorna de guirnaldas las columnas y las nichadas de los severos edificios, la pintura campea con ellas en rude combate para arrancárselas el secreto de sus vivísimos colores y de su flexible galanura: bordados primorosos, ricos tejidos, manufacturas de todas clases no aspiran á otro mérito que al de reproducir con exactitud sus perfecciones. Pero ¡ay! vano es su empeño: artes y manufacturas jamás podrán alcanzar una victoria completa sobre la naturaleza. Hé aquí por qué las obras del hombre por perfectas, por admirables que nos parezcan, están sujetas á la ley tiránica del capricho y de la moda. Lo que hoy gusta mañana desagrada, lo que aquí se considera como un hermoso prodigio parece grotesco en otros países: el hombre hace y rehace continuamente sus obras, dá mil extrañas formas á la materia, y nunca puede fijar de una manera absoluta el tipo de lo bello. Las obras del Creador, cuya belleza es inmutable porque es perfecta, nunca pierden su atractivo; las rosas de que se coronó Venus al salir de entre la espuma de las olas, son las mismas que nosotros admiramos, y del mismo modo que embellecen al salvaje hotentote en sus desiertos de arena, forman el embellezo de las lapones que vagan por las orillas de los mares congelados.

Las previsoras florecillas, como si quisieran perpetuar el placer del hombre, no se ofrecen á sus ojos todas juntas, sino que se van reemplazando mutuamente, para que jamás carezca de su encanto.

Con las brisas templadas de la primavera, aparecen entre la yerba las violetas, las margaritas, las jacintos, los narcisos y las anémonas, que se deshojan y perecen, para ceder su lugar á las lilas, á los tulipanes y juncillos. Aun campean éstos orgullosamente sobre el césped, cuando ya asoman entre el esposo fullaje los capullos de las rosas, de los lirios, de los jazmines y botones de oro, y al marchitarse al fin las unas y las otras, abren sus por el aire caluroso del estío, empiezan á entreabrir su cáliz las flores de otoño, engalanándose de nuevo los verjeles con los pensamientos, las balsaminas, los amarantos, las dalias y los girasoles.

Seres casi inteligentes, las florecillas agradecen el menor trabajo, y parecen pagar el cariño con cariño. El hombre, si quiere, puede conservarlas en sus invernaderos durante los días del helado invierno con piquísimo esfuerzo, y embriagarse con el perfume de los geránios, las varas de Jessé, los jacintos, los narcisos y los tulipanes.

Seres casi dotados de sentimientos, las flores toman una parte activa en nuestras penas y alegrías; la joven desposada, por mas-

rico y suntuoso que fuese su traje, creeria que le faltaba lo mejor, si le faltase su ramillete de boda: de flores se cubre la mesa del festin, con flores se adornan nuestros salones de baile, y de flores sembramos el camino que deben atravesar los Reyes de la tierra, ó el sublime Rey de lo infinito. Consagramos laureos á la gloria, mirtos al amor, rosas á la hermosura, y á la virtud modestas siempre vivas. Mas ¡ay! que tambien ceñimos de rosas blancas, simbolos de inocencia, la sien de la jovencilla que baja prematuramente á la tumba; ¡ay! que suspendemos de los sarcófagos do reposan los restos amados de nuestros padres coronas de pensamientos!

¿Quién no comprende el lenguaje poético y expresivo de las flores, para tratar de los afectos del alma? ¿quien no se siente conmovido delante de la que le recuerda su patria, su hogar, las sonrisas castas de su esposa; ó la bendición augusta de su madre?

¿Conoceis la bellisima balada alemana de Etelvina?

Etelvina era la hija única del baron de Roteswood. Su castillo feudal se alzaba sobre la cúspide de informes peñascos, agrupados y como unidos en un estrecho abrazo; á sus pies corrían las aguas majestuosas del Rhin, sombreadas por árboles gigantes.

Los padres de Etelvina eran viejos y caducos: el Señor les habia concedido aquella hija, aquel rayo de sol para iluminar sus postreros dias. ¿Es necesario decir que la adoraban? Guardabanla escondida en su castillo, como un precioso tesoro, y temian envidia hasta de los arroyos que espejaban su hermosura, hasta de la brisa que creaba sus cabellos, y de los parleros ecos que repetian sus cantos.

En Alemania se planta un árbol por cada hijo que nace: la madre de Etelvina solo quiso plantar un bosquecillo de lirios blancos al pie de la encina que habia nacido con ella, que con ella habia crecido, y regaba por mañana y tarde aquel bosquecillo, cuya blancura, en tiempo de la eflorescencia, semejava á la blancura de la nieve, cuyo perfume saturaba á larga distancia la enramada.

Etelvira, creciendo entre besos y sonrisas, llegó á la edad feliz de los amores, y la destinaron por esposo al joven y bello Rodolfo, varon de Plotesveld, cuyo castillo descollaba tambien sobre peñascos, en frente de Roteswood. Ya el traje nupcial estaba dispuesto; dispuesto el altar del himeneo, cuando estalló una furiosa tormenta, y los viejos señores concedieron asilo en su morada á un peregrino que venia de Tierra Santa. Era un trovador, un aventurero. Habia dejado en el occidente á su esposa y á sus hijos, habia dejado en oriente á una hermosa sultana abandonada; pero era bello, joven, persuasivo. Vió á Etelvina, tal vez no la amó, pero quiso ser amado. ¡Lo fué!

Desde aquel dia se le vio vagar incesantemente por las orillas del Rhin y por las laderas del monte; desde aquel dia al ponerse el sol y al rayar el alba se le oia cantar, acompañándose con su laud, canciones llenas de pasion, de promesas y entusiasmo.

Etelvina las escuchaba temblando desde su ventana, porque sabia que era á ella á quien invocaba en medio de su delirio.

—Ven, decia el cantor, abandona esos viejos muros en los cuales está sepultada tu hermosura; abandona á esos ancianos, cuyo corazon está ya helado con el frio de la muerte, da un adios al grave y ceremonioso Rodolfo, á este cielo nebuloso, á este suelo agreste. Ven á Italia que es mi patria. En Italia hay bosquecillos de naranjos, prados llenos de flores, palacios de pórfido y rostros alegres, animados por el amor y la ventura. Ven, si quisiere, te amo.

Cesaba el canto, y todos los ecos del valle repetian en confuso y dulcísimo murmurio: ¡te amo!

Etelvina respondió con lágrimas y suspiros á la palabra misteriosa que llenaba de turbacion su alma.

Sus padres tambien la oian, y tambien temblaban, y tambien alzaban al cielo sus convulsas manos.

Para conjurar el peligro apresuraron la ceremonia nupcial.

La noche precedente al dia del himeneo, el canto del trovador fué tan triste y desolado, que Etelvina, palpitante, conmovida, cediendo á un funesto hechizo, abandonó, casi á pesar suyo, su estancia, bajó á tantas las graderías del castillo, atravesó el jardín y penetró en el parque. ¡Ay infeliz! Solo la separaba un vallado del cantor nocturno; solo necesitaba dar un paso para entrelazar sus manos con las suyas, para percibir los latidos de aquel corazon apasionado. ¡Un paso, un paso solo, y ¡ay de su honor! ¡ay de Rodolfo! ¡ay de sus viejos padres!

Dió sin embargo este paso, tocó al vallado...

Pero casi al instante apercibió en su derredor una suave fragancia, que despertó mil confusas ideas en su mente, mil dulces sensaciones en su alma. A pesar de la oscuridad de la noche, los lirios ostentaban su ropaje blanco al pie de la encina majestuosa que parecia cobijarlos con sus ramas.

—¡Madre! ¡Madre mia! murmuró Etelvina, y cayó desmayada sobre los lirios que la ofrecieron un lecho blando y oloroso.

¡Allí la encontró el alba, allí la encontraron su padre, su madre, el amoroso Rodolfo!

El nocturno cantor la aguardó en vano; y los pastores de las cercanias le vieron alejarse rompiendo las cuerdas de su laud con impotente furia.

Etelvina siguió á Rodolfo al altar, coronada con los blancos lirios que la habian salvado de sí misma, y cuando fué feliz esposa y feliz madre, los bendijo y los regó con su propia mano por mañana y tarde, ex prueba de gratitud por el servicio que la habian prestado.

Hoy el viejo castillo se ha convertido en escombros, se han derrumbado las altas torres, los fuertes murallones, pero al pie de una encina centenaria florece aun un bosquecillo de lirios, y los pastores los muestran con piadosa veneracion al viajero, diciéndola:

—¡Estos son los lirios milagrosos que salvaron á Etelvina!

ANGELA GRASSI.

TODO EL MUNDO.

FORMA BURLESCO, PERO SIN COSA DE OFENSA Á LA MORAL Y Á LAS BUENAS COSTUMBRES.

(Continuacion.)

CANTAZO SEGUNDO.

En el canto primero

me parece que dije, lector caro,

que Marcos y su amigo y compañero,

el digno y apreciable pucherero,

que le prestó su amparo,

y le quiso servir de norte y guia,

llegaron á Madrid; y á la posada

titulada del Mirlo

fueron á su llegada,

porque ya el pucherero conocia,

y es del caso decirlo,

aquella casa honrada...

Reñrió el cacharrero á su manera

del desdichado niño

la historia lastimera;

que tanto impresionó á Petra Mortaja,

que por sensible y tierna era una alhaja,

que dándole mil pruebas de cariño,

con un acento de ternura lleno

le dijo:—Ven acá, no tengas pena,

que si eres listo y bueno,

en mi casa tendrás la tripa llena;

yo no tengo chiquillos; me convienes...

pero mas no me hlores, criatura...

¿Qué mas quieres tener que lo que tienes?...

¡Piensas tú, por ventura,

que así del mismo modo

tan pronto como tú lo has encontrado

encuentra aqui cualquiera su acomodo?...

Estás muy engañado;

pronto tu suerte empieza,

y bien puedes decir, hijo querido,

que donde nacen tantos de cabeza

tú de pies has nacido.

Aqui no sera grande tu trabajo,

siguió Petra Mortaja,

subir arriba, ¡pues! bajar abajo;

cundo vengon los carros de la paja

descargarla, servir á las personas,

todas personas finas,

que frecuentan mi casa,

y recibir propinas,

que fiel me entregarás, y de las cuales,

de cada veinte duros que haya juntos

te daré dos reales,

que te podrás gastar en lo que quieras

aunque sea en pagar algun responso

por tus padres difuntos...

Tu obligacion,—¿te enteras?...

será servirme á mi en lo que te mande,

que si ahora eres un chico,

con la ayuda de Dios ya serás grande,

mas no has de ser borrico,

ni torpe, ni embustero,

ni has de sisarme un cuarto,

porque entonces te parto

y te pongo en la calle con salero,

Esto dijo la Petra, y el concurso

aplaudió conmovido su discurso,

al ver que tiernamente prohibjala

al sér de venturado

que tan niño y tan solo se encontraba.

Y el pucherero, al verle acomodado

tambien le echó una arenga por lo fino,

y coa fervor profundo

y, tomada la voz de tanto vino,

dijo á la posadera:—Doña Petra,

usté es una mujer en este mundo,

y si hombre fuera yo de pluma y letra,

iba y de buena gana

lo que usted hace hoy, en los papeles

habia de pensarlo mañana...

Y el chico, en tanto, mustio y macilento,

contaba los ladrillos,

sin dar señal alguna de contento,

y todos los chiquillos

que en la posada habia

mirábanle curiosos,

de su loca fortuna ya envidiosos;

que el que mas y el que menos presumia

que aquella posicion y aquel empleo

eran las gangas que en el mundo habia.

Y aqui, si no temiera

que me digas que abuso

de mi filosofia,

otra muestra, lector, darte pudiera,

pero no, que despues, todo confuso,

tendria que acudir á tu indulgencia,

por haberseme ya perdido el hilo;

no fuera abusar de tu paciencia,

y ganar yo un contrario de mi estilo.

(Continuad en los números de los jueves.)

CASCABELES.

Me complazco en consignar que los marqueses de Portugalte han perdonado á sus arrendatarios en la Mancha la renta que habian de pagar este año, es decir unos cinco mil duros.

Así me gustan á mi los marqueses, y este acto de caridad de los de Portugalte es mas brillante y magnifico que la fiesta mas suntuosa.

Un ruso, que debia ser muy liberal, decia:

—No pueden Vds. formarse idea del poder concentrado en las manos del emperador de Rusia. Es la omnipotencia por excelencia. Nada le es imposible y nadie le puede igualar...

—¡Hombre! le dijo uno de los que le oian, puede que en Dios encuentre un rival temible...

—¡Si, sí! contestó el ruso; pero el emperador es todavia tan joven...

¿Seria animal el rusito?... ¡Y si será liberal aquel apreciable emperador!...

Haciendo la estadística de los fusiles, cañones, y todo género de armas que hay en todo el mundo, se calcula que hay un arma por cada diez hombres.

¡Cuánto me alegro de formar en el número de los que no tienen ninguna!

Se ha mandado que la Guardia rural se reconcentre en un punto dado, siempre que para ello reciba orden del capitán general de su distrito.

Me parece bien y no digo mas.

Tambien el ayuntamiento de Haro parece que desea un alcalde-corregidor.

Pues señor, debe ser una ganga tener un alcalde-corregidor: yo voy á pedir uno.

Dice un periódico:

«El viernes 10 llegó á Málaga el general marqués del Duero, quien recibió á poco en su alojamiento á las autoridades, jefes y personas que pasaron á felicitarle.»

Es decir que las autoridades y los jefes no son personas.

Por algo no quiero yo ser jefe ni autoridad en mi vida.

Por cuestion de toreo, hubo dias pasados un homicidio en la Puerta de Hierro.

Por cuestion de lo mismo, riñeron el otro dia en la calle del Principe y salieron heridos ambos, dos picadores.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

No hallándose en Madrid el director de este periódico, no ha podido decir todo lo bueno que hubiera dicho sin duda, de los conciertos de Gaztambide, de las nuevas obras estrenadas en el Circo de Paul y en Apolo. No atribuyan las empresas á otra cosa el silencio de EL CASCABEL.

Ha vuelto La España á hablar de los dias de fiesta, y á hacer constar que el pueblo conserva sus fiestas aunque se las supriman.

Bien, señora, bien; que se hagan dias de fiesta todos los del año, y en paz, aunque á decir verdad, con V. y los suyos, para que queramos mas dia de fiesta?

En un periódico encuentro lo que verán Vds. mas abajo. Lo copio porque está conforme con lo que EL CASCABEL ha dicho mil veces, y dirá otras mil probablemente.

Dice así mi amigo El Imparcial:

«España necesita que la audacia, inseparable de la ignorancia, encuentre cerradas todas las puertas.

España necesita que los histriones políticos no tengan ni mas ni menos importancia en ninguna parte que los histriones artísticos.

España necesita aprender que, cuando cediendo á cierto género de influencias, eleva á las nulidades, estas nulidades en candelero son la causa principal de su ruina.

España necesita que los hombres que saben y valen, y que pasan su vida en la oscuridad observando, estudiando y aprendiendo, salgan de su modesta inercia y se opongan resueltamente á esas falanges de gente indocta y despreocupada que hacen de ella un pais conquistado.

España, en fin, necesita otra porcion de cosas, que no es ocasion de enumerar, pero que diremos cuando tengamos tiempo y espacio para ello.»

La charadita del número anterior es embotellado.—El gerglífico se nos quedó en casa. Era muy bonito.

Todos los periódicos han dedicado sentidas frases á la memoria de D. Francisco de Paula Madrazo, periodista distinguido y catedrático de taquigrafía. EL CASCABEL, por la ausencia de su Director, ha cumplido algo tarde con este deber de compañerismo, pero se asocia á esas honrosas manifestaciones, que tanto enaltecen la memoria del difunto como la hidalguia de sentimientos que reina en la prensa, en general, sean cuales sean las diferencias políticas que forzosamente ha de haber entre los diferentes periódicos.

Cuando desaparece de entre nosotros alguno de los que han ejercido con honra y nobleza esta penosa y calumniada profesion del periodismo, es unánime y sincero el sentimiento.—Hablamos aqui de los verdaderos periodistas, de los que consumen su in-

geligencia y su vida en este trabajo incesante del escritor público, no de aquellos que han hecho del periodismo un medio de subir, y luego han maltratado a la prensa, y que son para nosotros tan infelices como hijos que pusieran la mano aleva en su madre.

La calumnia es un carbon que ennegrece lo que no quema.

En la calle de San Honorato, en Paris, hay una modista que ha puesto en el escaparate un cartelito en el cual se lee lo siguiente:

«En mi casa se paga al contado, porque ya me han engañado muchas veces»

¿Y está segura la modista de la calle de San Honorato de que, aun con el cartelito, no la han de volver a engañar?...»

Son muchas las personas enfermas de la vista, que acuden este año a los baños de Segura, en la provincia de Teruel, cuyas aguas son tan eficaces para aquellas dolencias, que en ningún caso deben descuidarse. En aquellos baños se encuentran todas las comodidades apetecibles, y el gasto no es tan excesivo que no esté al alcance de las fortunas mas modestas.

Recomendamos, pues, a las personas que padecen de la vista aquellos baños, ya bastante recomendados por los médicos de mas saber y experiencia.

Un periódico ministerialito de Cádiz, dice que algo hemos adelantado con la política dominante.

¡Mucho! ¡mucho! ¡estamos muy adelantados!

Dice un periódico:

«Parece es cosa decidida la celebracion de tres grandes corridas de toros en la plaza de Valencia, con objeto de acreditarla y ponerla a la altura de las primeras de España.»

Esta altura y este crédito se obtendrán en cuanto haya cuatro ó seis desgracias en la placita, sobre la ordinaria de la horrible muerte de gran número de caballos ¡Qué bonito!

Forma singular contraste con la anterior noticia la siguiente: «En Socobos, provincia de Albacete, existen, según cuenta un periódico, dos maestros de instruccion primaria que no han cobrado un cuarto desde hace trece meses.»

Bajo la fé del citado periódico, puede creerse que existen, aun cuando esto constituye un milagro.»

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Dice el Diario de Barcelona:

«Se nos ha manifestado que el señor don José Gualba ha renunciado el título de caballero de la orden de Carlos III con que le habia honrado el Gobierno de S. M., fundándose en que no habia contraído ningún mérito para merecer tan honorífica distinción.»

Señor Gualba, ha hecho V. muy bien, y felicito á V. por su digna respuesta. Guardéense las condecoraciones para los que las piden modestamente, y tienen ese antojito. Ha hecho V. muy bien, señor Gualba.

La Iberia no cree que el ministro de Hacienda llegase á conjurar el estado financiero de la nacion.

Tampoco yo lo creo.

Ni yo, dirá todo el que lea lo anterior, á no ser que lo lea el señor ministro.

La empresa de la Zarzuela hará en la próxima temporada rebaja en los precios de las localidades.

Es un gran medio de llevar público al teatro. La patria está oprimida y hay que tenerlo en cuenta en cualquiera especulacion, y sobre todo en las teatrales.

Un periódico anuncia que necesita vendedores con jornal fijo.

Hijo mio, lo que se necesitan son compradores.

Ya se han puesto á la venta los billetes de la rifa de las casas de la Peninsular. Por 800 reales se espone un cristiano á que le caigan encima 11.600,000 reales.

Se me ha metido en la cabeza que yo voy á ser el agraciado, y entonces no me cambio por un ministro.

Ahora tampoco.

Desde ahora ofrezco á la persona que me venda el billete favorecido un millon de propina para que se tome un café.

En un bando publicado últimamente en una ciudad de Cataluña encuentro lo siguiente, que me ha dejado estupefacto:

4.º El que fuese encontrado en la calle con cualquiera clase de arma, ú otro objeto que pueda hacer sus veces, sin estar debidamente autorizado, será considerado como atentador al orden público y de consiguiente puesto á disposicion del tribunal competente para su condigno castigo.»

De manera que pudiendo las manos hacer las veces de un arma, produciendo la muerte de una persona, si la aprietan el pescuezo fuertemente, el que tenga manos cae de cabeza en las prescripciones del bando.

Y lo mismo el que tenga la imprevisión de salir de casa con los piés, porque fácilmente puede dejar seco á cualquiera, si le dá una patada en la boca del estómago.

Y el que no se deje la boca y los dientes en casa, tambien está espuesto á ser considerado delincuente, toda vez que con los dientes pueda hacer daño.

De manera que los ciudadanos pacíficos, los que no pueden creer e aludidos en el bando, son los mudos desdentados, siempre que sean al mismo tiempo mancos de las dos manos, y cojos de ambos piés, y si además son paráliticos, aun tienen otra

garantía mas de su amor al orden, y sus sentimientos patrióticos.

El Español ha dicho que ya han elevado los centros directivos al ministro de Hacienda todas las memorias que habian pedido.

Bueno; me alegro mucho.

Y añade el ministerial que la prensa debe ocuparse en el examen de dichas memorias.

¿Nos dá V. permiso?... Pues amigo, si los demás fueran de mi modo de pensar, no se diria una palabra de ese asunto, ni de ningún otro que se refiera al gobierno.

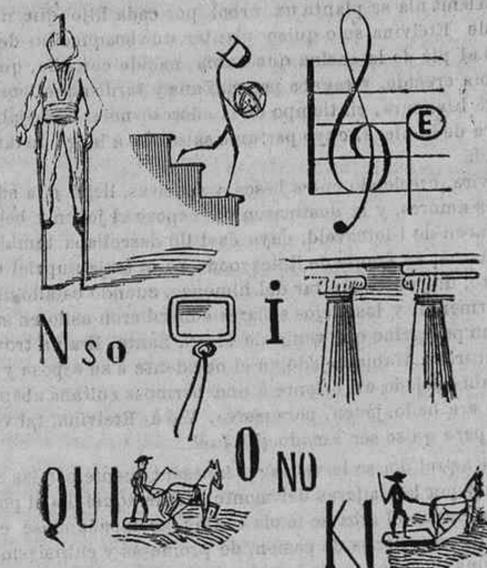
Este es el buen sistema.

Los ministros que estaban en la Granja salieron el otro día á esperar á sus compañeros á la Venta de los Mosquitos.

Dice un periódico que las personas pasivas han prestado su asentimiento tácito á las últimas medidas tomadas por el gobierno.

De manera que si mañana veo que dan un palo al que vá delante de mí por la calle, y yo me callo, presto mi asentimiento tácito al palo y al que dió el palo.

GEROGLIFICO



AVISO.

En la calle de Santa Ana, núm. 6, se halla una gran fábrica de hules de todas clases, tanto negros como pintados, imitacion de maderas, y á precios sumamente arreglados. 10

SAN SEBASTIAN.

AGENCIA DE CASAS DE HUESPEDES.—CAFE DEL COMERCIO.—BOULEVARD.

Los forasteros que en la temporada de baños acudan á esta capital, hallarán en esta Agencia cuantas noticias soliciten sobre casas de huéspedes. Las familias que con anticipacion quieren se les proporcione habitación, se servirán dirigir la correspondencia según se encabeza este anuncio.

CON REALES PRIVILEGIOS EXCLUSIVOS DE INVENCIÓN.

Camas económicas, comodas y de doble colchon; sistema Huguet. El dueño del establecimiento situado en la calle del Arenal, números 19, 21 y 23 ofrece al público que guste favorecerle, un abundante y variado surtido en dicho género y sistemas desconocidos hasta el día no solo en España sino en el extranjero; por su buena combinacion y construccion, reunimiento á su elegancia la solidez y siendo sus precios sumamente equitativos. Tambien cede los citados privilegios al que le desee, no siendo en Madrid ó Cataluña. 31

MOSAICO NOLLA PARA PAVIMENTOS. SUCURSAL DE LA FABRICA, CABALLERO DE GRACIA, 11.—MADRID.

Se necesitan oficiales y aprendizas costureras; Preciados, núm. 13, segundo. 1

LA PENINSULAR.

GRAN RIFA

DE VEINTE CASAS, VALORADAS EN 11.598.929 REALES 75 CÉNTIMOS.

Estas veinte casas, todas de nueva planta y de excelente construccion, se adjudicarán en totalidad al tenedor del billete entero cuyo número sea igual al que obtenga el premio mayor en el sorteo de la loteria moderna que ha de celebrarse el día 17 de Octubre de 1868.

Hallándose los billetes divididos en vigésimos, si estos estuviesen en diferentes manos, corresponderá á cada uno de ellos una de las veinte casas, haciéndose la adjudicacion de la primera, ó sea la de mas valor, al vigésimo que tenga á su margen el mismo número de orden que el del millar en que caiga el segundo premio mayor del precitado sorteo, y distribuyéndose las demás en los restantes por orden de numeracion correlativa de unas y otras.

Por ejemplo: Si el segundo premio mayor del sorteo se halla en el primer millar, ó sea en cualquiera de los números desde el 1 hasta el 1.000 inclusive, la primera finca correspondrá al primer vigésimo, la segunda al segundo, y así sucesivamente.

Si el segundo premio mayor se halla en el segundo millar, ó sea desde el 1.001 hasta el 2.000, corresponderá la primera finca al segundo vigésimo, y luego las demás al tercero, cuarto, quinto, etc., hasta volver al primero, que obtendrá la finca número veinte.

PRECIO DEL BILLETE ENTERO, CUARENTA DÜROS.—DEL VIGÉSIMO, DOS DÜROS.

Se expenden en todas las Administraciones de loterias de la peninsula. Nunca, en ninguna de las rifas conocidas hasta el día, ha podido optar un billete de 40 reales á un premio de mas consideracion ni nunca el coste de 800 reales para el billete entero ha podido optar á mas de once millones y medio.

Los abonados á número fijo tendrán reservados sus billetes por un mes, pasado el cual, la Direccion dispondrá de ellos.

Á TODOS LOS QUE SE BAÑEN Ó SE HAYAN BAÑADO.

Primer descubrimiento del globo para los cabellos, de los conocidos en los 3,872 años que tiene de existencia el mundo histórico, y recomendado por más de 300 periódicos de todos matices. Leed lo que decía La Política en 13 de Julio último:

«A LOS BANISTAS.—Si para toda clase de personas es utilísimo el Aceite de bellotas, que ya en otras ocasiones hemos recomendado, como inocente cos médico y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizás tiene una aplicacion tan directa y recomendable como para los banistas; sabido es, en efecto, que la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños, perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la accion destructora que en él ejercen los carbonos, potasas, su furos, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el Aceite de bellotas inventado por el Sr. Brea y Moreno neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndole fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó más bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razon encargamos á todos los banistas que no olviden en su necesidad de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en casa del autor, calle de Jardines, 5, Madrid; en el Moscúvita, Pasaje Jauffroy, Paris; Habana, Matas, Obispo, 81; en Manila, J. Felipe de Pan y compañía, y en 300 depósitos mas de todos los países.



SOCIEDAD GENERAL DE TRASPORTES MARITIMOS POR VAPOR SERVICIO MENSUAL

Línea de Marsella á Gibraltar, San Vicente Ferrnandouco, Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

Saldrá de Gibraltar el 18 de Agosto al vapor

BOUGONE.

CAPITAN, ROURARD.

Admite pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, y mercancías. Pasaje de 3.ª clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos-Aires, 1,248 rs. Acúdase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus correspondientes. En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BAÑOS.

En la plaza de Herradores núm. 12, tienda de laminas de Marin, hay un gran surtido de hoja de lata y de zinc; se venden muy arreglados y se alquilan de un real en adelante; además se vende aceite mineral, utensilios de cocina y muchísimos artículos diferentes. 17

Depósitos de Cok de Gas á 13 reales quintal; llevando 25 quintales á 12 y 12: id., garantizando la calidad y el peso, Tahona de las Descalzas, Am. 8, esquina á la de Capellanes y Farmacia, 2 9

SIN TRASPASO.

Se cede una Fotografia en uno de los mejores sitios de esta corte, y muy acreditada, con todos sus enseres, y unas mil negativas de los retratos últimos. Por tener el dueño que dedicarse á otra industria, se dará todo en 25,000 rs., que es menos de la mitad de su coste. Si el que le tome no sabe, se le enseña. Darán razon en la calle de la Montera, núm. 3, camisería. 1

REAL ALMIDON INGLÉS.

Este almidon se vende á 2 rs. libra en la tienda de la Victoria, calle de Tetuan, 36 (antes de los negros). Tambien se ha recibido en este establecimiento una gran partida de legítimo salchichon de Vich, el cual se dará á precios sumamente arreglados. 6

ENOLATURO

regenerativo y depurativo de la sangre, de Dr. Padra, para curar con seguridad y prontitud todas las enfermedades de la piel y las que tienen por causa el vicio de los humores: Botella 20 reales.

Madrid, Ulzurrun, Barrio nuevo.—Simon, Caballero de Gracia.—Moreno Miquel, Arenal.—Sanchez Ocaña, Principe. A

ZURCIDOS SIN CONOCERSE. Y PASADO DE BORDADOS DE ORO.

POR DOÑA CARLOTA BELLUGA,

BARCO, 3 Duplicado, BAJO, MADRID.

Se zurcen con perfeccion telas y encajes y se mandan los bordados de oro, cuyas telas estén deterioradas otras á nuevas, de manera que parece haberse hecho el bordado en ellas. La misma tiene establecidas las siguientes

CLASES PARA SEÑORAS.

HIGIENICO-RECREATIVAS.—Gimnasia, esgrima, baile y equitacion.—DE ADORNO.—Solfeo, piano, canto, dibujo, pintura, idiomas y declamacion.—DE LABOR.—Bordados en toda su extension, toda clase de costura y corte y confeccion de trages.

En vista de la aceptacion que han tenido estas clases, no he perdonado sacrificio alguno para ponerlas á la altura que se necesita; así es que he puesto un bonito gimnasio y sala de armas, elegantes clases de dibujo, música y labores, y finalmente, ya se proyecta hacer un precioso teatro, un buen picadero y tiro de pistola.

Madrid.—Imprenta de El CASCABEL. Hilleras, 4, bajo.